

Capítulo IX (Libro VI, Tomo II, Historia Universal de Polibio)

Armas utilizadas por los romanos

Por lo que se refiere a los *vélites* están armados de espada, flecha y broquel, especie de escudo, fuerte por su estructura y bastante capaz para la defensa. Es de figura redonda y tiene tres pies de diámetro. Llevan en la cabeza un adorno humilde. Éste a veces es una piel de lobo o cosa parecida, que sirve a un tiempo de reparo y distintivo para dar a conocer a los oficiales subalternos los que se distinguen o no en los combates. La flecha es una especie de arma arrojadiza, cuya asta mide cuando menos dos codos de largo y un dedo de grueso. El casquillo es un gran palmo de largo, pero tan agudo y afilado, que se tuerza sin remedio al primer golpe y no puedan volverle a arrojar los contrarios: o de otro modo ya es un género común de dardo. Los de más edad, llamados *hastatos*, portan armadura completa. Ésta, entre los romanos, se compone primero de un escudo, cuya convexa superficie tiene dos pies y medio de ancho y cuatro de largo, o cuando más, el mayor excede un palmo. Está hecho de dos tablas encoladas, y cubiertas por fuera primero con lienzo y después con piel de becerro. Tiene toda la circunferencia guarnecida de alto abajo de un cerco de hierro, para defenderse de los tajos de las espadas y para que no se pudra fijado en tierra. Está asimismo el convexo cubierto de hierro, para liberar los golpes mortales de piedras picas y todo tiro violento. A más de esto tienen espada los *hastatos* que llevan al muslo derecho y llaman española, cuya hoja fuerte y estable es excelente para herir de punta y cortar de tajo por ambos lados. Llevan a más dos picas, un morrión de bronce y botas. Las picas unas son gruesas, otras delgadas; las de más grosor unas son redondas, otras cuadradas; aquellas miden cuatro dedos de diámetro y éstas el diámetro de uno de sus costados. Las delgadas se asemejan a los dardos medianos, que portan también los *hastatos*. La longitud del asta de unas y otras es casi de tres codos. La hoja de hierro a manera de anzuelo que tienen pegada es de la misma longitud que el asta, cuya unión y encaje está tan bien asegurado, que entra hasta la mitad de la madera y está atravesado con frecuentes clavos; de suerte que, en un apuro, antes se hará pedazos el hierro que falsee el encaje, a pesar de que al final, en aquella parte donde se une con la madera, sólo tenga dedo y medio de grueso: tanto y tan particular es el cuidado que ponen en esta trabazón. Adornan a más de esto el morrión con un penacho de tres plumas derechas, encarnadas o negras, casi un codo de altas; añadidura sobre la cabeza que, junto con las otras armas, los hace parecer el doble mayores, los hermosea y hace terribles al enemigo. El común de soldados añade a lo dicho una plancha de bronce de doce dedos por todos lados, que ponen sobre el pecho, y llaman pectoral, con lo cual quedan armados completamente. Pero los que están regulados en más de diez mil dracmas, en vez de pectoral llevan una cota de malla.

De igual modo están armados los *príncipes* y *triarios*, a excepción de que en vez de picas los *triarios* portan lanzas. De cada una de estas clases de soldados, menos de la de los *vélites*, se sacan diez capitanes, con respecto al valor. Después de éstos se escogen otros diez, y todos se llaman centuriones, de los cuales el primer elegido tiene entrada en el consejo. Éstos vuelven a elegir otros tantos tenientes. Síguese después la división de cada

cuerpo, a excepción de los *vélites*, por edades en diez partes, y a cada una la asignan dos jefes de los escogidos y dos tenientes. Los *vélites*, a proporción del número, están divididos por igual en todas las otras partes. Cada una de éstas se llama centuria, cohorte o manípulo, y sus jefes centuriones o capitanes. Cada uno de éstos escoge en su manípulo dos, los más esforzados y valientes, para llevar las banderas. No es sin motivo el poner dos capitanes a cada centuria. Pues no sabiéndose lo que hará uno solo o lo que le podrá ocurrir, y por otra parte en materias militares no tengan lugar las excusas, no quieren que la centuria esté jamás sin quien la mande. Cuando los dos jefes se hallan presentes, el primer elegido manda la derecha de la cohorte y el segundo la izquierda; pero si uno de ellos está ausente, el que resta la conduce toda. En la elección de centuriones no tanto se mira a la audacia e intrepidez como al talento de mandar, constancia y presencia de ánimo. No se quiere que sin más ni más vengan a las manos y den principio al combate, sino que perseveren en la prepotencia y opresión del enemigo, y perezcan antes que abandonar el puesto.

La caballería se divide del mismo modo en diez compañías; de cada una se nombran tres capitanes y éstos eligen tres tenientes. El primer capitán manda la compañía, los otros dos hacen veces de decuriones y tienen este nombre. En ausencia del primero, entra el segundo en el mando. Las armas de la caballería actualmente son parecidas a las de los griegos; pero antiguamente no traían lorigas, sólo peleaban con túnicas: compostura que para montar y apearse de un caballo les daba mucha agilidad y desembarazo; pero para el combate eran muy peligrosas, porque peleaban desnudos. Las lanzas les eran inútiles por dos razones: la primera, porque haciéndolas delgadas y flexibles no podían acertar directamente con el objeto que estaba delante, y antes de entrar la punta por el contrario las más se hacían pedazos, blandiéndose con el movimiento mismo del caballo; la segunda, porque no las construían con punta en la parte posterior, y así si al primer golpe se quebraba la punta de delante, el resto venía a serles inútil e infructuoso. Tenían a más un broquel de cuero de buey, parecido a aquellas tortas ovaladas que sirven de oblación en los sacrificios. Esta era una especie de arma que no servía para reparar los golpes por no tener firmeza, y si se llegaba a ablandar y humedecer con las lluvias, la que antes era poco útil, ahora venía a ser de ningún provecho. He aquí por qué desechadas sus propias armas sustituyeron las de los griegos. Efectivamente, con éstas el primer bote de lanza es recto y eficaz, porque la construcción del asta es inflexible y estable, y vuelta al revés es firme y violento. De igual modo, los broqueles son duros y sólidos, ya para la defensa, ya para el ataque. A la vista de esto, los romanos al punto siguieron el ejemplo, porque es el pueblo que más bien cambia de usos y emula lo mejor.

Después que los tribunos han efectuado esta distribución y dado las órdenes convenientes sobre las armas, envían los soldados a sus casas. Llegado el día en que juraron todos reunirse en el lugar señalado por los cónsules (por lo regular cada uno señala sitio separado para sus soldados, que son la mitad de los aliados, y dos legiones romanas), todos los alistados asisten indefectiblemente, sin que se admita otra excusa a los juramentados que los auspicios y la imposibilidad. Así que están reunidas las tropas aliadas y romanas, doce oficiales, creados por los cónsules y llamados prefectos, se encargan de la economía y manejo de toda la armada. Primeramente apartan de todos los aliados que han venido la caballería e infantería más esforzada en un lance apurado, para asistir a los cónsules. Éstos se llaman extraordinarios, que equivale en griego a .

El total de aliados de infantería es igual por lo común a las legiones romanas; pero el de caballería es dos veces mayor. De éstos toman para extraordinarios la tercera parte, poco más o menos, de la caballería y la quinta de la infantería; el resto lo dividen en dos partes, una llamada ala derecha, otra ala izquierda. Arreglado todo esto, los tribunos forman las tropas romanas y aliadas y las hacen acampar. Como en todo tiempo y lugar es una y sencilla la ordenanza que tienen los romanos en sus campamentos, me ha parecido oportuno dar aquí a los lectores, en cuanto alcancen mis fuerzas, una idea de la disposición de las tropas en sus marchas, campamentos y formaciones de batalla. Porque ¿quién será tan indolente sobre materias bellas y curiosas, que no quiera detener un rato la consideración en un asunto que, oído, le ha de instruir en un método laudable y digno de saberse?